

La lógica de la exclusión del mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación

Franz J. Hinkelammert

Durante de las décadas de los 70 y 80 se nota en América Latina con mucha claridad la creciente tendencia a una lógica de exclusión del mercado capitalista mundial. El desempleo deja de ser cíclico y se torna estructural, a largo plazo y con tendencia creciente. Siendo estructural, este desempleo desembocó en el surgimiento de un creciente sector de productores marginados, que hoy en día se llama muchas veces sector informal.

Se trata de una tendencia, que es notable en todo el tercer mundo y que se da, aunque en niveles menores, también en los países que anteriormente eran socialistas y en el propio primer mundo.

En América Latina se puede analizar esta tendencia a la exclusión a partir de las políticas de desarrollo, sus crisis y su sustitución por la política económica neoliberal. Se trata de un proceso, que subyace a un cambio de la cultura latinoamericana hacia la constitución de una cultura de la desesperanza, que hoy en día penetra hasta los cimientos de la vida económica, social y cultural del continente.

Nuestro análisis parte, por tanto, de la problemática del desarrollo de América Latina.

1. Las etapas del desarrollo económico

Hay un corte claro en el desarrollo después de la Segunda Guerra Mundial. Este está dado por el paso de la economía de desarrollo (substitución de importaciones, desarrollismo) hacia la economía de exportación (desde 1982 economía del pago de la deuda). Este corte marca el fin de una determinada política de integración económica (ALALC, Pacto Andino, Mercado Común Centroamericano). En el curso de los años 80 aparece un tipo diferente de integración (Propuesta sobre la Cuenca del Caribe, Zonas de Libre Comercio).

1.1. El desarrollismo de los 50 hasta los 70

Se inspira en el Estado de bienestar, como está surgiendo en Europa Occidental (sobre todo Bélgica, Suecia, Alemania Occidental). Ve el desarrollo como desarrollo industrial, del cual se espera, que arrastre consigo una fuerza de trabajo siempre mayor, aumentando con el crecimiento económico los salarios (los ingresos bajos). Hay política de redistribución de ingresos y nuevas leyes sociales (educación, salud, seguro de vejez, programas de vivienda popular). Se intenta trasladar a América Latina todo el capitalismo de reformas, como estaba surgiendo en Europa Occidental, implementando esta política por una industrialización por substitución de importaciones, fuertemente impulsada por organismos públicos de planificación y por inversiones públicas (energía, acero, cemento, petróleo).

Un esfuerzo de este tipo hacía sentir la dependencia de los países del centro. El desarrollo se entendía como independencia (integración condicionada y activa en el mercado mundial). La teoría de la dependencia acompañaba estos esfuerzos. Surge ya en los años 50 en la CEPAL, pero su nombre viene de los años 60, cuando el sentido de dependencia se generaliza en AL. (organismos internacionales, gobiernos, organizaciones populares y las academias). Se habla de la dependencia, porque se la experimenta al buscarla.

Los procesos de integración en este período son impregnados por esta política de industrialización y se ve la integración como un camino hacia la independencia. 1968 se funda el Pacto Andino (Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela). Su elemento central es la defensa frente al capital extranjero (limitación de las transferencias de ganancias, promoción del desarrollo técnico). La CEPAL lo había impulsado. El Mercado Común

Centroamericano tiene una dirección parecida. La fundación del Banco Centroamericano (BCIE) busca amortiguar el impacto de los sistemas crediticios sobre América Central. Todos los esfuerzos de integración económica intentan fundar aranceles comunes hacia el exterior y fomentar una industrialización complementaria entre sus miembros. Eso también es la meta del ALALC, el organismo de integración más débil que se haya fundado.

Estos esfuerzos se desvanecen con la crisis de la industrialización por medio de la sustitución de importaciones. Algunas de sus razones son:

1. En los años sesenta la industria sigue creciendo con tasas altas, pero el crecimiento es por productividad. Pierde dinámica en cuanto fuerza de trabajo. Tendencia a la baja de los salarios.

2. La producción agrícola absorbía todavía la mayor parte de la fuerza de trabajo. Al ser tecnificada, esta fuerza de trabajo es expulsada, pero al migrar a la ciudad, la industria deja de absorber trabajo adicional. Estallan barrios marginales, donde se ubica a la población expulsada de la división social del trabajo.

3. Las nuevas sustituciones son de alta tecnología, por tanto, por inversiones directas del capital extranjero. No se genera un capitalismo nacional (independiente). El capital extranjero hace transferencias de tecnologías, pero no impulsa un desarrollo tecnológico en el país afectado.

4. El capital industrial extranjero participa sólo marginalmente en el esfuerzo exportador, se orienta preferentemente al mercado interno. Cuanto más domina, más la industria deja de generar divisas. Las exportaciones de tipo tradicional no pueden seguir a la dinámica industrial y se produce una escasez de divisas. Resulta la deuda externa, que se explica por las transferencias de ganancias, sobre todo del capital extranjero.

1.2. Las dictaduras de Seguridad Nacional y la economía de exportación

La economía de exportación sustituye a la economía del desarrollo. El primer caso es Chile después del golpe militar, sobre todo entre 1976 y 1980.

En este nuevo tipo de economía, el esquema anterior de integración económica pierde su sentido. 1976 Chile abandona el Pacto Andino, que pierde todo su vigor. En este mismo tiempo se desintegra el Mercado Común Centroamericano.

Se deja de hablar de desarrollo —en el lenguaje de los reaganomics ni existe ya esta palabra. Lo

sustituye el lenguaje del mercado y de su apertura. En América Latina se habla de neo-liberalismo, aunque en realidad no es estrictamente idéntico. A partir de 1982, con la crisis de la deuda externa, se generaliza la economía de exportación. Es ahora extendida por toda América Latina. Resulta ser una economía del pago de la deuda. Sin embargo, el caso de Chile comprueba, que la deuda externa no es la razón del cambio, sino la palanca que permite imponerlo homogéneamente al continente, y hasta al Tercer Mundo en general. El mismo proceso se da hoy en Europa oriental.

No se habla más de dependencia, pretendidamente, porque la teoría de la dependencia ha resultado equivocada. Sin embargo, ahora existe sometimiento total, dependencia total, y ya no se permite hablar de dependencia. De hecho, la teoría de la dependencia de los 60 atestiguaba, que todavía había espacios para la independencia. Se deja de hablar de dependencia, cuando ésta es completa (ver el caso de John Biehl, en Costa Rica 1988). Al buscar el sometimiento total y al aceptarla, interiorizándola, se deja de percibir la dependencia. Por tanto, se trata de prohibir hablar de ella.

La economía neoliberal —de exportación y pago de la deuda externa— no soluciona la crisis de desarrollismo, sino la extremiza. Disuelve junto con la cancelación de la política de industrialización una buena parte de las industrias nacionales nacidas. El pago de la deuda paga “ayudas” del desarrollo, y para pagarlas, destruye el desarrollo financiado con estas ayudas. Renuncia a una política de exportación industrial, sino vuelve a la exportación de tipo tradicional anterior (aunque lo llame exportación no-tradicional en el caso, que un producto no haya sido exportado en los años anteriores. En Costa Rica hasta el cacao se trataba como exportación no-tradicional, siendo el cacao un producto originario de México y América Central).

Se renuncia igualmente al Estado de bienestar y sus reformas: en lo que se puede, se privatiza la salud, la educación, la vivienda, propiedades agrarias tradicionales, comunitarias o producto de reformas agrarias anteriores. No se busca más un crecimiento económico capaz de arrasar la fuerza de trabajo entera para integrarla en la economía del país, sino la política neoliberal se declara no-responsable por la suerte de los expulsados y marginados. Se los culpa más bien por su fracaso.

Sin embargo, el neoliberalismo sigue considerando el crecimiento económico como la clave de la economía, en nombre de la eficacia. Se trata de un crecimiento derivado de la dinámica de las exportaciones de tipo tradicional, mientras la

política de apertura de mercados renuncia de hecho a la industrialización y, por tanto, a una dinámica de las exportaciones derivada del crecimiento industrial. Parcialmente se industrializa exportaciones, pero no se crea industrias.

Resulta un nuevo esquema de la integración económica, que esta vez es mejor descrito como "zona de libre comercio". La libertad de movimiento de las personas es siempre más restringida, mientras se introduce la libertad de movimiento absoluta para las mercancías y el capital. Mientras el esquema anterior era una integración para crear espacios para una industrialización autónoma en relación a los países industrializados (se compara la integración con las gallinas, que se juntan para no dejar entrar al zorro), la integración ahora crea una zona de libre comercio para países industrializados, que arrasan a los países integrados precisamente en nombre de la integración. Las zonas de libre comercio son áreas de influencia de las potencias económicas constituidas (ahora se la podría comparar con gallinas, que son organizadas por el zorro: todos los días un pollito).

Hay intentos de integración autónoma, pero chocan ahora tanto con la posición de Estados Unidos como con los intereses de las clases dominantes internas. Pero eso son muy frágiles (el Mercomún, pero también el intento de revitalizar el Mercado Común Centroamericano sobre la base de una integración política de América Central, impulsada por la Comunidad Europea, de la cual Costa Rica hasta ahora se excluyó). Como comparación, habría que discutir la Comunidad Europea como espacio integrado económica y políticamente. Se trata de una integración, que da movilidad a la fuerza de trabajo, por tanto, obligatoriedad de una solidaridad de todos los participantes. Las zonas de libre comercio, en cambio, quitan e impiden precisamente la libertad de movimiento de los seres humanos. Cautivando a los seres humanos, liberan a las mercancías y al capital.

El resultado es:

1. Crecimiento económico limitado a lo que se deriva de exportaciones de tipo tradicional.
2. El libre comercio hace imposible el surgimiento de una industria capaz de competir en el mercado mundial.
3. La expulsión de una gran parte de la población de cualquier posibilidad de ser incluida en el sistema económico
4. La renuncia a la creación de un consenso democrático basado en la satisfacción de las necesidades de todos.
5. La necesidad de quebrar a las organizaciones

populares y la destrucción del Estado capitalista de reformas sociales.

Estos resultados hacen visible que la política neoliberal no soluciona de ninguna manera los problemas del desarrollismo y del desarrollo por sustitución de importaciones, sino que está profundizando la crisis de desarrollo, a la cual no respondió.

2. De la democracia del consenso a la democracia de Seguridad Nacional

La democracia liberal es autoritaria hasta el siglo XX (voto clasificado, esclavitud, separación de razas) La democracia liberal de masas surge en el siglo XX, muy reciente. Funciona como Estado de bienestar desde la Segunda Guerra Mundial. Se funda sobre un consenso democrático basado en la satisfacción de las necesidades de todos (como tendencia).

Al romper la economía neoliberal este consenso, no puede seguir con la democracia liberal de masas. Se instala con dictaduras de Seguridad Nacional. Posteriormente, en los años ochenta, se democratiza con gobiernos, que siguen afirmando los esquemas de Seguridad Nacional. Se separa democracia y derechos humanos (derechos humanos son definidos como derechos de propiedad: sobre cosas, sobre los propios pensamientos, sobre el propio cuerpo. Excluyen solidaridades). Tortura, desapariciones resultan ahora compatibles con la democracia, ésta se independiza de los derechos humanos clásicos. Se trata de democracias de Seguridad Nacional. Un caso extremo es la democracia hondureña. En Honduras durante el período de las dictaduras militares se respetaba en alto grado a los derechos humanos. Con la democratización de Honduras, a partir de 1980, empezó la política de Seguridad Nacional y, por tanto, la violación sistemática de los derechos humanos, con desaparición de personas, tortura sistemática, cementerios clandestinos etc. Sin embargo, la opinión pública no dudaba, que se había democratizado el país.

Ideológicamente, se basan en la negación de cualquier alternativa, de la esperanza. Es sociedad que sostiene, que no hay alternativa para ella. Estabiliza las sociedades por la desesperación, a diferencia de las décadas de 50 y 60, que estabilizaron por esperanzas (muchas veces falsas).

Para eso ha sido básico el colapso del socialismo histórico. El socialismo histórico —un tipo de sociedad de bienestar— colapsa en el mismo momento, en el cual colapsa el capitalismo de

reformas en América Latina (y en EE.UU., con la tendencia al colapso en Europa occidental). La negación de cualquier alternativa —la desesperanza— convence. Sobre ella se basa la legitimidad de la democracia de Seguridad Nacional. Toffler describe la situación:

El nuevo imperativo económico está claro: Los suministradores de ultramar en los países en desarrollo o alcanzan con sus tecnologías los estándares de la velocidad mundial, o se los va a cortar brutalmente de sus mercados —los muertos caídos del efecto de aceleración...

Eso es la economía rápida de mañana. Esta nueva máquina de bienestar acelerativa y dinámica es la fuente de los adelantos económicos. Como tal es igualmente la fuente del gran poder. Estar desconectado de ella significa estar desconectado del futuro. Eso es el destino de muchos de los actuales "LDCs" o "países menos desarrollados"....

Dado que que el principal sistema mundial para producir riqueza se acelera, los países que quieren vender tendrán que operar a la velocidad de aquellos que pueden comprar. Eso significa, que las economías lentas tendrán que aumentar la velocidad de sus respuestas o perder contratos e inversiones o caer completamente fuera de la carrera ¹.

Pena capital para todo aquél, que no logre insertarse exitosamente en el mercado mundial. Merece la muerte quien no tenga una cultura —sea puritano-calvinista o confuciana—, que le haga posible lograr con éxito esta inserción. Surge una inquisición mucho más implacable que la anterior. Las reglas de juego del mercado resultan ser reglas de un juego mortal como lo era el juego de los gladiadores en la antigüedad: *Ave, Caesar, morituri te salutan*. Hoy saludan desde Somalia.

2.1. La cultura de la desesperanza y la guerra psicológica

Eso es el trasfondo de la cultura de la desesperanza. Penetra hoy toda nuestra cultura, no solamente la cultura popular. Además, no es la cultura popular. La cultura de nuestra sociedad trabaja,

para que eso sea la cultura popular, y tiene muchos logros en esta dirección. Es esta misma cultura de la desesperanza, que penetra a los grupos dominantes, para definir su respectiva cultura anti-popular: es la cultura del heroísmo del suicidio colectivo. No hay duda que está reapareciendo. La vuelta de Nietzsche y de Ernst Jünger como sus clásicos, Jorge Luis Borges, Vargas Llosa ², Octavio Paz como representantes presentes ³.

En los sectores populares la cultura de la desesperanza promueve la anomia, deshace las relaciones humanas, promueve el crimen. La misma droga es parte del fenómeno.

2 No hay libro más violento en esta línea que la "Historia de Mayta" de Vargas Llosa. Mayta es un personaje de la izquierda peruana, que Vargas describe como persona incompetente, con tendencia al terrorismo y a la homosexualidad. Todo el libro prepara la última página, en la cual Mayta y los suyos son denunciados como basura humana. No queda ni resto de algún humanismo. En la basura viven, basura son. Una protesta popular se ve, por tanto, como una rebelión de la basura.

"La guerra del fin del mundo" del mismo autor tiene la misma tendencia, aunque más solapada. Una de sus situaciones centrales se describe de la siguiente manera:

"Rufino se arrastra hacia Gall, muy despacio. ¿Va a llegar hasta él? Se empuja con los codos, con las rodillas, frota la cara contra el barro, como una lombriz, y Gall lo alienta, moviendo el cuchillo. 'Cosas de hombres' piensa Jurema. Piensa: 'La culpa caerá sobre mí'. Rufino llega junto a Gall, quien trata de clavarle la faca, mientras el pistero lo golpea en la cara. Pero la bofetada pierde fuerza al tocarlo, porque Rufino carece ya de energía o por un abatimiento íntimo. La mano queda en la cara de Gall, en una especie de caricia. Gall lo golpea también, una, dos veces, y su mano se aquieta sobre la cabeza del rastreador. Agonizan abrazados, mirándose. Jurema tiene la impresión de que las dos caras, a milímetros una de la otra, se están sonriendo." p.293/294 Vargas Llosa, Mario: *La guerra del fin del mundo*. Plaza&Janes, Barcelona 1981.

Desde Jünger pasando por Borges a Vargas Llosa, toda literatura fascista culmina en estas situaciones de lucha a muerte, que es celebrada como el gran abrazo: el amor es la muerte, la muerte es amor: viva la muerte.

3 Esta utopía salvaje se expresa hoy muchas veces en términos religiosos del fundamentalismo cristiano de EEUU. Lindsey, uno de los Rasputines en la corte de Reagan, nos dice: "Cuando la batalla de Armagedón llegue a su temible culminación y parezca ya que toda existencia terrena va a quedar destruida (Lindsey la entiende como guerra atómica. F.J.H.), en ese mismo momento aparecerá el Señor Jesucristo y evitará la aniquilación total.

A medida que la historia se apresura hacia ese momento, permítame el lector hacerle unas preguntas. ¿Siente miedo, o esperanza de liberación? La contestación que usted dé a esta pregunta determinará su condición espiritual." Hal Lindsey: *La Agonía del Gran Planeta Tierra*. Editorial Vida. Miami, 1988. p.222 (*The Late Great Planet Earth*, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, 1970)

Aquí se predica la espiritualidad del heroísmo del suicidio colectivo. El libro de Lindsey fue el *bestseller* de toda la década de los 70 en EEUU. Se vendieron más que 15 millones de ejemplares. El capitalismo salvaje pretende ser espiritual.

1 Toffler, Alvin: "Tofflers next shock. A dramatic 'powershift' is coming, and all nations face one inescapable rule - survival of the fastest". *World Monitor*. Nov. 1990, p.38

Las organizaciones de clase o revolucionarias, los movimientos de cambio, la orientación hacia una nueva sociedad, surgieron de la cultura de esperanza de los años 50 y 60. Formularon la esperanza o la manipularon, sin embargo, se basaron en ella. La destrucción casi general de los movimientos populares y del Estado de reformas (intervencionista) acabaron con esta cultura, logrando una gran fuerza de convicción a partir de la crisis del socialismo en Europa oriental. La cultura de desesperanza se basa en la tesis, de que no hay alternativa. Se puede solamente administrar un caos y una anomia, que son sistemáticamente producidos.

Se ha descubierto que no solamente la organización de la esperanza da estabilidad, como ocurrió en los años 50 y 60. Aparentemente, hasta es más estable la cultura de la desesperanza. Cuanto más se profundiza la desesperanza, menos oposición hay, porque no se le puede dar sentido a una oposición. Se desmoronan las relaciones sociales, pero con ellas se desmorona la misma personalidad de la gente. Se pueden destruir entre ellos, pero no pueden cambiar nada. La cultura de la desesperanza no deja surgir proyectos, porque nadie los formulará, si nadie cree en la posibilidad de una alternativa al desmoronamiento.

Destruyendo la esperanza, la anomia resultante es políticamente estable. América Central ha sido estabilizada por las guerras y por el terrorismo del Estado. América del Sur es tan estable como nunca, y lo es por el terrorismo del Estado, sea actualizado o en retroceso, pero visiblemente dispuesto a volver. En el lugar de la esperanza aparece un "sálvese quien pueda", el "después de nosotros el diluvio", en el cual cada uno trata de salvarse por impedir que otro se salve.

De esta manera surgen democracias, cuyos gobiernos no son soberanos en ningún sentido. La soberanía la tienen los centros del terrorismo del Estado, frente a los cuales los gobiernos elegidos luchan por una autonomía relativa. Pero este terrorismo del Estado no desestabiliza, sino estabiliza. Cuando en 1989 en Uruguay había el plebiscito por la amnistía para los militares, la amenaza de su vuelta aseguró la mayoría de los votos en favor, a pesar de que probablemente la mayoría estaba en contra. Donde fallan las elecciones, como en la última elección presidencial de México y de la República Dominicana, se organiza, con el apoyo de todas las democracias occidentales, el fraude. Este fraude estabiliza, porque se sabe, que no hay alternativa. En las elecciones siguientes votarán, como se les pide. Si no, hay otro fraude.

Los gobiernos no se responsabilizan ni pueden responsabilizarse por las acciones de sus organismos represivos. Estos son soberanos frente a los gobiernos. Cuando las fuerzas militares asesinaron a toda una comunidad de jesuitas en San Salvador, el gobierno no se sintió responsable y nadie lo responsabiliza, siendo El Salvador una democracia occidental.

Para esta guerra psicológica, cuyo centro es provocar desesperanza, la impunidad de los crímenes de los militares es central. Promueve decisivamente esta sensación de no tener derechos garantizados, de no ser persona frente a un Estado, que, aunque democrático, sigue siendo terrorista.

Dentro de esta estabilidad por la propagación de la anomia, las rebeliones se transforman también en movimientos irracionales, que al fin no tienen sentido. El Caracazo en febrero de 1989 fue un movimiento sin destino, que terminó por una masacre de miles por la mano militar. Miles de muertos no conmueven y ni hacen noticia⁴. Eso se repitió con la intervención militar en Panamá.

Los pueblos, en cuanto pasan a la desesperanza, se entregan como víctima, o revientan en una erupción, cuya represión ni deja huellas. Pero hagan lo uno o lo otro, a falta de una esperanza de liberación se mueven cerca de la acción suicida, que es contrapartida del heroísmo, del suicidio colectivo de las clases dominantes. Las democracias no desarrollan ninguna cultura democrática, sino de prepotencia. No se puede perder elecciones, porque el poder no está por ser elegido. Los gobiernos administran poderes despóticos, internos y extranjeros, a los cuales no pueden controlar, sino que son controlados por ellos.

La cultura popular tiene hoy esta cultura de la desesperanza como su trasfondo. En ella y frente a ella se tiene que desarrollar. Eso hace que hoy está más bien impregnada por organizaciones que no representan ningún poder de negociación. Las clásicas organizaciones populares como sindicatos, cooperativas, vecindades, han pasado a un segundo plano y tienen muy poca voz. Casi no hay huelga, que no termine con muertos. En lugar de estas organizaciones, aparecen en el primer plano ahora organizaciones de defensa de derechos humanos, comunidades eclesíásticas, acciones simbólicas como las madres de la Plaza de Mayo. Son intentos defensivos para limitar el terrorismo del Estado,

4 Ver: Pedrazzini, Sánchez R, Magaly: "Nuevas legitimidades sociales y violencia urbana en Caracas". *Nueva Sociedad*. Nr. 109, Sept-oct. 1990. p.23-34

que sigue siendo el primer poder político en América Latina.

Donde la cultura popular no se entrega simplemente a la cultura de la desesperanza, es cultura de víctimas que se resisten a aceptar que la culpa la tienen ellas. Es sobrevivencia de dignidad, no de poder. Es la última barrera que se defiende antes de caer de la desesperanza en la desesperación.

3. El progreso técnico, su globalización y la integración de la población en la sociedad humana

3.1. La crisis del desarrollo

Sin embargo, esta crisis del desarrollo, que se da en América Latina a partir de fines de los años 60, parece ser mucho más que una crisis de políticas de desarrollo determinadas. A toda la política de desarrollo subyace un concepto de desarrollo, que parece estallar.

Por desarrollo se entendía y todavía se entiende un proceso de crecimiento económico capaz de arrastrar consigo toda la sociedad de una manera tal, que toda la fuerza de trabajo es integrada en la división social del trabajo moderna. Se supone, que tal dinámica económica puede sustentar un desarrollo social y político igualmente universal, transformando la sociedad en un conjunto social, que en pos del progreso técnico y del crecimiento resultante y arrastrado por ellos forma una gran sociedad integrada, en la cual todos los seres humanos encuentran su lugar dentro de un camino ascendente hacia el futuro. Por tanto, progreso técnico, crecimiento económico infinito e integración económica, social y política de toda la población son vistos como una unidad dinámica y armónica. A los países, que aparentemente habían logrado esta meta, se llama los países desarrollados y a los países, en los cuales este desarrollo se frustró, se llama subdesarrollados.

Este concepto de desarrollo es una especie de marco categorial, por medio del cual se ha interpretado el mundo moderno por lo menos desde el siglo XVIII. Subyace igualmente al pensamiento de Marx y posteriormente al socialismo soviético. Aparece por tanto igualmente en las políticas del desarrollo del Tercer Mundo en las décadas de los 50 y 60. Se trata de una imagen optimista del mundo, según la cual la propia inercia del progreso técnico actúa en dirección de la humanización de la vida humana. La humanidad, por tanto, no tiene

más que hacer que desatar esta inercia y someterse a ella. La técnica salva ⁵.

La polarización del mundo entre capitalismo y socialismo después de la Segunda Guerra Mundial mantiene este mismo concepto de desarrollo. Lo que está en pugna es exclusivamente cual sociedad sea aquella capaz de universalizar este tipo de desarrollo por el mundo entero. Por eso el lema de la Unión Soviética podía ser "Alcanzar y superar a EE.UU.". Implicaba la convicción de que el socialismo era capaz de desatar estas fuerzas productivas con más velocidad que cualquier capitalismo, extendiendo esta dinámica sin límites.

Cuando se da la crisis del desarrollismo latinoamericano durante los años 60, la discusión por la política del desarrollo sigue estas mismas pautas. Frente a la incapacidad del capitalismo latinoamericano de lograr este desarrollo, aparece por tanto la alternativa de la "vía no-capitalista" de desarrollo. El concepto del desarrollo no es cuestionado, sino se discute las maneras más adecuadas y más eficientes para realizarlo.

La crítica de Marx al capitalismo roza el límite de este concepto del desarrollo, quedándose al fin otra vez limitado a él. Marx critica la capacidad de desarrollo del capitalismo, sosteniendo, que el capitalismo lleva a un desarrollo tal de las fuerzas productivas, que al final destruye las propias fuentes de las riquezas producidas:

Por tanto, la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: *la tierra y el hombre* ⁶.

Sin embargo, busca una sociedad, que, evitando esta destrucción, lleve al mismo desarrollo de la técnica.

Sin embargo, a partir de la crisis del desarrollismo latinoamericano se nota una crisis del

⁵ John Locke expresa este mito tecnológico ya muy temprano: "Estoy de acuerdo de que la observación de estas obras nos da la ocasión de admirar, reverenciar y glorificar su Autor: y, dirigidas adecuadamente, podrían ser de mayor beneficio para la humanidad que los monumentos de caridad ejemplar que con tanto esfuerzo han sido levantados por los fundadores de hospitales y asilos. Aquél que inventó por primera vez la imprenta, descubrió la brújula, o hizo público la virtud y el uso correcto de la quinina, hizo más para la propagación del conocimiento, para la oferta y el crecimiento de bienes de uso y salvó más gente de la tumba, que aquellos que construyeron colegios, casas de trabajo u hospitales." John Locke: *An Essay concerning Human Understanding*. 2 volumes, Dover, New York, 1959. II, p.352.

⁶ Ver Marx, Karl: *El Capital*. FCE, México, 1966. p.424

desarrollo mucho más amplia, que aparece pronto en los países socialistas mismos y también en los propios países desarrollados del centro. Es la crisis del supuesto optimista vinculado al progreso técnico.

Los países socialistas habían realizado una política de desarrollo a partir de un subdesarrollo previo, que intentó realizar la integración económica de la población entera por medio de la planificación central. Sin embargo, ya en la Unión Soviética resultó que esta integración por medio del pleno empleo llevó a la necesidad de ocupar más mano de obra de lo que según un criterio capitalista habría sido necesario. El resultado fue más bien una paralización del crecimiento económico y la incapacidad de seguir el paso de la revolución tecnológica que ocurría en el Occidente. Eso mostraba que la presión hacia la exclusión de grandes partes de la población se hacía notar también allí. Al no aceptar tal exclusión, se sofocaba la dinámica económica. Dos trabajadores, ocupados en un puesto de trabajo diseñado para uno, no producen más que uno, sino menos. Uno obstaculiza al otro. El producto de ambos es menor de lo que sería el producto de uno solo. Al no aceptar el socialismo la expulsión de partes de la población de la división social del trabajo, sofocaba la dinámica económica. En el grado, en el cual la promesa de una dinámica económica más grande todavía que la del capitalismo era la base de la legitimidad del socialismo, este vivía su crisis de legitimidad. La propia población, cuya expulsión este socialismo había evitado, se levantó en contra de él. En Alemania oriental, los propios obreros celebraban en el primer año después de la caída del muro de Berlín el desempleo como algo saludable que indicaba un futuro nuevo prometedor. Posteriormente, cuando al desempleo seguían las tendencias al subdesarrollo, —que hoy aparecen en todo el mundo ex-socialista y que lo están transformando en el cuarto continente subdesarrollado— le seguía una frustración sin capacidad de pensar siquiera algún futuro nuevo.

Pero todavía seguía en pie el optimismo de la técnica, que veía ahora el mercado como el camino más indicado para una sociedad, en la cual el crecimiento económico por su propia inercia aseguraba la integración económica de la población.

El vehículo, sobre el cual se montaba esta imagen del capitalismo "eficiente" era sobre todo el capitalismo de Europa Occidental y, algo menos, el capitalismo de EE.UU. y de Japón. Se trata de sociedades de alta capacidad de crecimiento económico y de desarrollo de la técnica, en las cuales durante varias décadas el crecimiento eco-

nómico ha asegurado la integración económica efectiva de la mayor parte de la población. Parecían representar lo que el capitalismo es capaz de hacer. Sobre los países socialistas de Europa Oriental habían ejercido una gran magia, a la cual la población no se había podido sustraer. Derrocaron al socialismo para entrar en este mundo, y cuando lo habían derrocado veían que este mundo se alejaba.

Sin embargo, la profundidad de la crisis del desarrollo se mostraba, cuando ella penetró en la misma sociedad capitalista del centro. Incluso estas sociedades de alta capacidad de crecimiento económico y desarrollo de la técnica se mostraron incapaces de lograr un arrastre tal de la dinámica económica, que la población entera sea integrada como su consecuencia. A partir de los años setenta sube el desempleo en estos países y aparecen ahora poblaciones expulsadas y excluidas también allí. El desempleo resulta crónico, estructural y ya no es cíclico como lo ha sido en el siglo XIX.

Por esta razón, la crisis del desarrollismo latinoamericano, el derrumbe del socialismo y la crisis del capitalismo de reformas coinciden tanto en el tiempo como en las razones de su surgimiento. Eso lleva a una crisis del desarrollo, que efectivamente pone en cuestión todo aquello, que desde siglos se había esperado como su resultado: la armonía entre desarrollo humano y maximización del crecimiento económico basado en el desarrollo técnico. Lo que resultó fue una dinámica económica, que expulsa grandes partes de la población mundial, que queda como población excluida sin ninguna perspectiva de alguna posibilidad de una futura integración. Si bien esta población excluida existe en los centros de desarrollo todavía en menor cantidad, ella aparece ahora en todas partes del mundo sin excepción. El sistema se cerró, a pesar de que no deja a nadie vivir fuera de él.

3.2. Los límites del crecimiento

Paralelamente aparece una crisis, que pocos habían previsto unas décadas atrás. Se trata de la crisis del medio ambiente, que ahora empieza a amenazar la propia sobrevivencia de la humanidad entera. La tecnología y su uso mercantil resulta destructora para una naturaleza, cuya sobrevivencia es condición de la sobrevivencia humana.

Independientemente del problema del desarrollo desigual, aparecen límites del crecimiento. Mientras desde la década de los 60 se había hablado en los países del Tercer Mundo de la necesidad de medidas para asegurar el desarrollo, que vayan más allá de la vigencia de la sociedad capitalista,

aparecen ahora análisis preocupantes de la crisis del medio ambiente. En 1972 se publica "Límites del crecimiento" del Club de Roma. Durante los años 70 el presidente Carter promueve en Estados Unidos una evaluación del medio ambiente mundial, que desemboca en el informe "Global 2000", que confirma la preocupación del Club de Roma. Sin embargo, resulta ahora, que posibles medidas van a tener efectos estructurales profundos sobre el sistema económico.

Más allá de los límites de la política del desarrollo y su incapacidad de asegurar un desarrollo tendencialmente igual entre las diferentes regiones de la tierra, la crisis del medio ambiente revela el límite implícito de cualquier desarrollo por crecimiento económico ilimitado, sea este desarrollo desigual o igual. El concepto de desarrollo ilimitado presupone una naturaleza infinita y sin límites. Pero de nuevo se descubre, que la tierra es redonda, y más redonda que nunca. El concepto del crecimiento económico ilimitado resulta un concepto pre-copernicano de una tierra infinitamente extendida en la cual, provocada la destrucción de un lugar, uno se mueve a otro para destruirlo también, sin llegar nunca a un límite.

Pero la tierra es redonda y por tanto esta acción fragmentaria la destruye. Cada introducción de una tecnología es calculada sobre un sector fragmentario de la naturaleza y sobre un segmento de la división social del trabajo. Desde el punto de vista de la empresa, que actúa en el mercado, las repercusiones que tiene una tecnología sobre el conjunto sea de la división social del trabajo sea sobre el conjunto de la naturaleza no interesan. Además, para la empresa es imposible tomar en cuenta estos efectos indirectos de su acción. La competencia la borraría.

Esta acción fragmentaria se vincula necesariamente con la orientación por criterios mercantiles, aunque no sea sólo el producto de estos criterios. Toda acción humana, mercantil o no, tiende a un comportamiento de este tipo. Sin embargo, un sistema de mercados hace este comportamiento fragmentario compulsivo. El mercado arrastra hacia él. El mecanismo competitivo lo impone, porque por un lado promete ganancias mayores que cualquier otro comportamiento, y por el otro amenaza con la expulsión del mercado de la empresa, que no se oriente por la ganancia.

Sin embargo, tanto la división social del trabajo como la naturaleza forman conjuntos interdependientes. Lo que hace una acción tecnológica en una parte, repercute en muchas e, indirectamente, en todas partes. Pero también lo que ocurre en otras partes, se hace notar por interdependencia en

el lugar de partida. El conjunto interdependiente resulta ser una red de causaciones mutuas. Muchos de estos efectos son previsibles y hay un trabajo científico constante, para conocer estas interdependencias mejor. Sin embargo, el criterio mercantil induce y muchas veces obliga, a no evitar tales efectos y aprovecharlos más bien. Eso lleva a constantes intervenciones (se trata de intervenciones de parte del mercado, cuyos efectos distorsiona) en estos conjuntos interdependientes, que hacen desaparecer elementos necesarios para la reproducción de los conjuntos. Cuanto más eso ocurre, el conjunto interdependiente se restringe y puede llegar hasta el colapso.

Es más fácil ver eso en relación a la naturaleza como conjunto interdependiente. En la aproximación fragmentaria se llega a grados de destrucción, que amenazan la sobrevivencia del conjunto como un medio ambiente para la vida humana. La destrucción de los bosques, el hoyo de ozono, el envenenamiento del agua potable muestran tendencias de este tipo. Ningún criterio de escasez del mercado anuncia que se está llegando a un límite de lo posible. Únicamente el colapso podría mostrarlo, pero lo demuestra solamente, porque ya se ha pasado un punto de no retorno. Hasta llegar al colapso, el comportamiento fragmentario sigue siendo el más rentable —mercantilmente visto— dentro de todos los comportamientos posibles. Antes del colapso, el mercado todavía florece, a pesar de que las condiciones de vida ya se han destruido. El verde del dólar cubre el verde de la naturaleza, hasta que la muerte de la naturaleza lo haga palidecer.

Las destrucciones que ocurren, incluso aceleran el mismo proceso de destrucción. Al intentar sobrepasar efectos negativos resultantes, la acción fragmentaria busca febrilmente sustitutos del elemento natural dañado, y al hacerlo, se ciega frente a los problemas, para agravarlos más todavía. Por eso, la velocidad destructora aumenta más rápido que la propia producción de riquezas. Aparece la ley tendencial autodestructora —de la cual Marx había hablado— como producto del propio automatismo del mercado.

Automatismo de mercado y aplicación fragmentaria de la técnica forman una unidad inseparable, que resulta destructora frente a los conjuntos interdependientes. Esta destrucción es necesariamente acumulativa, con la amenaza de pasar un punto de no retorno, a partir del cual ya no hay salida. Aunque no se sepa con exactitud en qué momento se llega a este punto, se sabe que un punto tal debe existir. El mercado resulta ser efectivamente un mecanismo autodestructor, un mons-

truo como aparece en la película *The Yellow Submarine*, que se devora a sí mismo.

3.3. El utopismo neoliberal

Lo que enfrentamos, no es sólo una crisis del capitalismo, sino una crisis del concepto fundante de la modernidad. Se trata del concepto de la armonía inerte entre progreso técnico y progreso de la humanidad, mediatizada por un marco institucional como el mercado o el plan central. La crisis del capitalismo se ha transformado en una crisis de la civilización occidental misma.

La crítica del capitalismo se transforma en una crítica de la civilización occidental misma. No pierde su vigencia, sino que la vuelve a tener. Pero la alternativa, que ahora resulta de ella, tiene que ser una alternativa a esta civilización. Se trata de la alternativa a una civilización, que ha nacido en miles de años y que se ha impuesto sin misericordia al mundo entero. Ella resulta ahora hueca, amenazando la existencia de la propia humanidad. Resulta ser la Bestia, que hace falta atar.

Hoy hay mucha conciencia, de que nos encontramos frente a una disyuntiva de este tipo ⁷. También las muchas filosofías de la “post-modernidad” atestiguan el hecho, aunque su tendencia sea sobre todo la de la desesperación, que las lleva a una especie de mística del suicidio colectivo de la humanidad. Efectivamente, al negar la posibilidad de alternativas a la civilización occidental con su utopía de la armonía entre progreso técnico y progreso humano, este suicidio colectivo es lo único que queda.

La sociedad burguesa, sin embargo, se cerró frente a esta disyuntiva. Celebró el derrumbe del socialismo soviético como su victoria final, hasta como el fin de la historia. Pero la propia legitimidad de esta sociedad burguesa está hoy en juego. Al cerrarse hasta frente a la discusión de alternativas, la sociedad burguesa se tenía inclusive que cerrar en su propia capacidad de pensar su futuro y el futuro de la humanidad. Tenía que dejar de analizar las realidades, para refugiarse en la afirmación ciega de principios puros.

Solamente esta situación puede explicar por qué en el grado en el cual la crisis aumentaba y la disyuntiva resultaba visible, la sociedad burguesa

se definía por una teoría económica como el pensamiento neoliberal. Para poder seguir la sociedad burguesa, ella tiene que negar la realidad. Los grandes problemas del mundo actual —la exclusión de la mayoría de la población mundial y la exclusión de la naturaleza, ambas por la ciega maximización del crecimiento económico— deben ser expulsados del pensamiento teórico, para que no haya cuestionamiento del sistema. Lo que se expulsa en la tierra, en el cielo de esta teoría estará expulsado también.

La teoría económica neoliberal es una teoría, que no habla más de la realidad. Habla solamente de la institución del mercado, sin referirla en lo más mínimo a realidad concreta alguna, en la cual los mercados se desenvuelven. Vistos desde la teoría neoliberal, los seres humanos no tienen necesidades, sino solamente propensiones a consumir, inclinaciones psicológicas que originan sus demandas. Se desenvuelven en una naturaleza, que no es más que un objeto de cálculo. No tienen tampoco ninguna necesidad de ella, sino solamente inclinaciones psicológicas hacia ella. Con eso la realidad se desvanece, y el sujeto humano concebido por la teoría neoliberal es un perfecto solipsista. En su raíz es una billetera caminante, que usa como brújula una computadora, que calcula maximizaciones de las ganancias. El mundo rodante es objeto del cálculo, hacia el cual siente inclinaciones, sin necesitar de él. Este sujeto-billetera con mente calculadora se imagina que existirá aunque este mundo ni existiera. Es un ángel, que se dejó seducir por los esplendores de este mundo y que gime para volver a su estado puro. Es *homo economicus*.

De esta visión del mundo neoliberal surge su concepto de eficiencia. También está desprovista de cualquier connotación real. Según este concepto, una acción es eficiente, si la ganancia que deja es maximada. Es en sí tautológico. El mercado es eficiente, si es libre. La eficiencia del mercado se mide por el mercado. Los efectos sobre la realidad no son considerados. Por tanto, la acción humana es eficiente, si el mercado es total. Los efectos destructores del mercado total sobre los seres humanos y sobre la naturaleza están excluidos del juicio. La consideración teórica de ellos es excluida en nombre de una metodología, que denuncia cualquier llamado al respeto por las necesidades sea de los seres humanos, sea de la naturaleza, como “juicio de valor”, que la ciencia pretendidamente no debe hacer. La consiguiente fragmentación de la eficiencia se transforma en una medida formal del avance hacia la catástrofe de la humanidad, y cada paso adelante es celebrado como

⁷ Jonas, Hans: *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation*. (El principio responsabilidad, Ensayo de una ética para la civilización tecnológica). Suhrkamp. Frankfurt, 1984.

un paso hacia la eficiencia. Todos están sentados sobre la rama de un árbol, serruchándola. El más eficiente cae primero, y todos celebran su eficiencia.

De eso resulta una de las utopías más nefastas del siglo XX, tan rico en movimientos destructores en nombre de utopías. Opera a partir de una dialéctica maldita, en la cual se sostiene por magia del mercado un resultado contrario de todos los actos efectivamente realizados. Eso parte de una magia central, según la cual cualquier acción fragmentaria en el mercado produce automáticamente un efecto armónico sobre la realidad. Una mano invisible —una providencia del mercado— hace, que que el cálculo fragmentario de la maximización de las ganancias resulta en la armonía de la promoción del bien común. Cuanto más la acción en el mercado se orienta fragmentariamente por el interés propio, más seguro es, que sus efectos no-intencionales promuevan el interés de todos. El mercado es *societas perfecta*, que logra su perfección por su totalización. La tesis misma viene de Adam Smith y acompaña todo pensamiento económico burgués hasta hoy. Sin embargo, el pensamiento neoliberal le da un significado extremo nunca visto antes. Sabiendo, que la teoría neoliberal se abstrae de toda realidad para deducir simples principios abstractos de aplicación dogmática, sostiene por medio de esta “dialéctica maldita” el efecto contrario: la realidad está mejor respetada, si ni se la toma siquiera en cuenta. El cielo de la competencia perfecta aplasta ahora cualquier paso concreto en defensa de la realidad, que solamente se puede respetar dominando o relativizando las tendencias destructoras del mercado. El cielo de la competencia perfecta esconde al infierno, que se produce en su nombre.

Esta utopía del cielo de la competencia perfecta es transformada en una promesa vacía del futuro, en nombre de la cual cada paso destructivo del sistema es celebrado como un paso inevitable a un futuro mejor. No hay inhumanidad que no se pueda cometer bajo la protección de este escudo utopista.

Todos los pasos de la globalización del mercado y del desmantelamiento de cualquier correctivo a sus imperfecciones son ahora presentados como pasos para el futuro brillante por venir. Por eso surge una utopía, que no inspira acciones para su concretización. Al contrario, aparece una utopía, que justifica la supresión de cualquier paso concreto para acercarse a ella. Por eso es de “dialéctica maldita”, por medio de la cual se promete un futuro, que se pretende realizar por la destrucción de todos los puentes posibles para un camino hacia el futuro.

Esta utopización aparece en varios niveles. El argumento neoliberal procede siempre “sub specie

competenciae perfectae”, operando por medio de una simple deducción de principios. Cuando habla del desempleo, parte de esta competencia perfecta. Si hubiera competencia perfecta, habría pleno empleo. Busca por tanto las trabas al mercado, que originan el desempleo al impedir al mercado totalizarse hacia su perfección. Las razones las encuentra rápidamente en el salario mínimo, la existencia de sindicatos obreros y en el Estado, que tolera estos “monopolios” del mercado. Por tanto, borrando estas limitaciones del mercado, habrá pleno empleo. Frente a la miseria y la pauperización el argumento se repite. Si el mercado fuera perfecto, no habría pauperización. Por tanto, se deduce, que hay trabas para la totalización del mercado hacia la perfección. El neoliberal las va a encontrar en los impuestos progresivos y en general, en la política de redistribución de ingresos. Por tanto, para que no haya más pauperización, hay que eliminar la política de redistribución de ingresos y fomentar los ingresos altos. No puede sorprender, que el neoliberal encontrará las razones de la destrucción del medio ambiente precisamente en la política para protegerla. Si no hubiera ninguna protección del medio ambiente entregándolo sin límites a las fuerzas del mercado, no habría ninguna destrucción de la naturaleza. Durante la rebelión de Los Angeles en el año 1992, un funcionario del gobierno en Washington declaró públicamente, que la causa de ella habría que buscarla en las políticas de bienestar público de los años 70, llevadas a cabo por el gobierno demócrata. Igualmente se culpará por el crecimiento poblacional a los servicios públicos de salud.

De esta manera la utopía neoliberal del bienestar es prometida como producto de la eliminación del salario mínimo, de la redistribución de ingresos, de cualquier política de empleo, de la protección del medio ambiente, de los programas sociales y del servicio público de salud. Es la utopía de la sociedad perfecta del mercado total, que anuncia la destrucción como el camino realista de la construcción. Para la sociedad humana es como una bomba atómica. La anuncian como los fundamentalistas cristianos de EE.UU. anuncian la guerra atómica, e.d. como la antesala de la segunda venida de Cristo. Es la mística del extremismo: Cuanto peor, mejor.

Como toda sociedad perfecta, también el mercado total los neoliberales lo ven luchando maniqueamente en contra de algún reino del mal. Lo ven en la utopía que promueve estas medidas como el salario mínimo, la redistribución de ingresos, cualquier política de empleo, la protección del medio ambiente, los programas sociales y el ser-

vicio público de salud. Son las fuerzas del mal, que promueven todo eso. A partir de su destrucción anuncia su utopía antiutópica de la sociedad perfecta del mercado total.

Por esta razón, el pensamiento neoliberal jamás va a hablar de la competencia perfecta como su utopía. Sostiene, que se trata de realismo pleno. Imputa la utopía a aquellos, que se preocupan del respeto por la vida humana y de la naturaleza, y que quieren medidas concretas para asegurarlo. Por medio del reproche de la utopía el pensamiento neoliberal los demoniza. Por tanto insiste constantemente en decir, que, quien quiere el cielo en la tierra, produce el infierno. Todo respeto por la vida así es denunciado como demoníaco, luciférico⁸. De esta construcción del reino del mal surge entonces la brillante utopía neoliberal de la sociedad perfecta del mercado total. Es, como Reagan lo solía decir, "la ciudad que brilla encima de las colinas", el milenio, en nombre del cual se aplasta el mundo. Escondido detrás de su antiutopismo, surge aquella utopía, que encubre los infiernos, que se producen en la tierra.

Como resultado, la modernidad se devora a sí misma. Celebra los pasos de destrucción como la salida del peligro. Detrás de la postura neoliberal aparece —como su cara verdadera— la mística del suicidio colectivo de la humanidad. Lo post-moderno hoy es una gran fascinación por esta mística. Celebra con el neoliberalismo la fiesta que en la Edad Media se celebraba después del estallido

de la peste. En esta fiesta todos bailaban hasta que la peste los hacía caer muertos.

3.4. La guerra económica

Ya la guerra fría era una guerra económica. Kruschef le dio su significado más explícito: Alcanzar y superar a Estados Unidos. La política del Occidente burgués se le enfrentó, limitando lo más posible los esfuerzos de la Unión Soviética. El lema de Kruschef no se refería preferentemente al desarrollo armamentista, sino al desarrollo de las fuerzas productivas en general. De manera igual, el Occidente obstaculizaba lo más posible este desarrollo económico de los países socialistas y no solamente la producción de armas. Si bien la carrera armamentista era lo más visible en la guerra fría, detrás de ella existía esta guerra económica a través del esfuerzo de desarrollar las fuerzas productivas en general.

Sin embargo, esta guerra económica no se traducían directamente como producto de intereses económicos de los contrincantes. Como carrera económica era a la vez la carrera de dos sistemas sociales, que se enfrentaron: socialismo y capitalismo. Se trataba de dos sistemas de pretensión universal. Por tanto, cada uno pretendía poder solucionar los problemas económicos de la población mundial mejor y terminantemente. Se vinculaban, por tanto, con visiones del mundo universalistas, con perspectivas humanistas. Por eso, el capitalismo se veía a sí mismo como un capitalismo "con rostro humano", mientras denunciaba al socialismo como un sistema sin rostro humano. A eso correspondieron efectivamente intentos para mostrar la capacidad del capitalismo para solucionar problemas básicos. Las décadas más fervientes de la guerra fría eran décadas declaradas como décadas de desarrollo del Tercer Mundo. Y cuando desde fines de los 60 se notaba la crisis ecológica, también aparecieron esfuerzos serios durante de los años 70 para dar soluciones. El sistema pretendía una solución universal, y tenía que hacer esfuerzos para hacer creíble esta pretensión.

Desde los años 70 se hacía visible la estagnación económica de la Unión Soviética. Durante los años 80 resultó obvia la imposibilidad de la Unión Soviética de seguir haciendo estos esfuerzos necesarios para la guerra económica en curso. Cuando al fin colapsa el socialismo, el capitalismo se estaba ya transformando en sistema universal sin ninguna oposición externa. Este es el momento, en el cual se lleva a cabo una transformación profunda del capitalismo, que tiene lugar durante los años 80.

⁸ Pero esta meta de vivir dignamente, es solamente una alternativa posible, si hay una alternativa. Si niego la posibilidad de cualquier alternativa, niego al hombre la posibilidad de poder vivir dignamente. De esta manera, le niego su dignidad en todas las formas concretas —y transformo la dignidad humana en un principio abstracto sin ningún contenido. Claro es: seres humanos, que han sido hecho superfluos, y que como consecuencia, se considera como superfluos, ya no tienen dignidad humana; miles de declaraciones no cambian este hecho. Los explotados son violados en su dignidad humana, pero al superfluo ni se concede ni una dignidad, que podría ser violada. De ahí se explica el nombre notable, que se usa para todos los movimientos de liberación en el mundo occidental: "¡Cáncer!" Yo no puedo recordar ni un solo movimiento de liberación, que tanto en Washington como en Europa no haya sido denominado cáncer. Un cáncer, que hay que cortar. Eso es la forma, en la cual el mundo burgués se relaciona con los movimientos de liberación. La última vez se habló en América Latina de un cáncer, refiriéndose a Nicaragua y al Frente Sandinista. Pero igualmente se lo hizo en el caso de Libia, de Chile, y antes, creo que fue la primera vez, en Indonesia 1965. La palabra cáncer sustituyó una palabra, que era central para los Nazis: parásitos. Se refería a los mismos fenómenos. Sustituido por la palabra cáncer, es hoy omnipresente en la represión de movimientos de liberación en el Tercer Mundo, y, más allá de ellos, en la represión de cualquier tipo de disidencia.

Sin embargo, en este momento vuelve al primer plano de la política mundial otra guerra económica, que esta vez polariza el mundo capitalista mismo en tres polos. Europa occidental y Japón ya habían surgido como poderes económicos equivalentes al poder de EE.UU., quedando EE.UU. muy debilitado por la gran carga pasada de la guerra fría. Pero EE.UU. como poder militar ha quedado sin ninguna competencia de parte de estos otros dos bloques. Además, la política económica neoliberal de la década de los 80 lo ha debilitado económicamente por encima de los efectos normales de la guerra fría, que EE.UU. decidió en estos años 80 mediante el mayor esfuerzo bélico que jamás se había realizado en tiempos de paz en toda la historia moderna.

En esta guerra económica EE.UU. forma el bloque más bien retardado. Por tanto, aparece ahora la necesidad de un esfuerzo de recuperación. Esta necesidad lleva a un relativo desprestigio del neoliberalismo, que ya hoy es muy notable en la opinión pública de aquel país. Se vuelve a plantear la necesidad de una actividad estatal hasta del tipo de intervenciones en favor del bienestar de la población. Sin embargo, este replanteo de la actividad inclusive social del Estado tiene ahora un carácter marcadamente diferente de lo que había tenido en los años 50 y sesenta. Ya no se trata del planteo de justicia social universal, que había impregnado al capitalismo de reformas de aquel tiempo y que era parte de la lucha de la guerra fría.

Al contrario, todo reclamo de justicia social universal ha sido acallado. Apareció más bien un capitalismo salvaje, que inclusive el *New York Times* lo llama "capitalismo de piratas" (*buccaneer capitalism*⁹). Caído el socialismo, el capitalismo no pretende más tener ningún "rostro humano". Vuelve como capitalismo de ganadores, que ven el mundo como objeto de sus ansias de dominación.

Por tanto, se da ahora una guerra económica, que no tiene ni una pantalla para pretender respetar derechos humanos algunos. El Tercer Mundo como principal objeto de esta guerra económica, es simplemente devastado, y siempre más el anterior mundo socialista se vuelve parte de este Tercer Mundo.

Si hoy vuelve a plantearse en los centros una actividad estatal inclusive social de intervención en los mercados, eso se debe al hecho, de que en esta guerra los pueblos ponen —como en todas las

guerras— los soldados. La guerra económica militariza grandes poblaciones para la lucha en los mercados. Aunque no usa armas militares, forma sociedades para el logro de la superioridad económica en los mercados. Estos pueblos no pueden ser solamente objeto de la explotación, sino deben poder vivir bien en el grado necesario para vencerlos de la participación en la guerra. Para hacer la guerra, los soldados deben ser bien alimentados¹⁰. En este sentido vuelve hoy un Estado preocupado por los ingresos la educación, la salud, y la vivienda. No hay altas tasas de crecimiento económico sin tales servicios. Sin embargo, los éxitos en la guerra económica se miden en tasas de crecimiento. Por tanto, vuelve la preocupación por su cumplimiento.

Pero esta preocupación no corresponde a algún humanismo universal. Se refiere nada más que a aquellos grupos, que inciden en el crecimiento económico y excluye a aquellos países, que hoy son puro objeto de la guerra sin la mínima posibilidad de entrar ellos mismos en esta guerra también.

Por eso, el programa neoliberal sigue estando en pie para la exportación hacia los países objeto, entre cuales se incluye a los anteriores países socialistas. El *New York Times* lo resume en estos términos:

Además, algunos piensan que el capitalismo de piratas, con todo su falta de compromiso referente a la seguridad del empleo y al bienestar obrero, puede ser todavía el camino mejor para inculcar un instinto de la jungla en aquellos pueblos, que están todavía en la transición al capitalismo... Sin embargo, otros estandards hacen falta en sociedades industriales maduras como Estados Unidos... Aquí, mercados libres y bienestar social deben ser balanceados¹¹.

10 En la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX la explotación de los obreros era tal, que el primer grupo social con poder, que protestaba en contra de los salarios de hambre, eran precisamente los militares. Ellos, para mantener y aumentar el imperio inglés, necesitaban soldados capaces de caminar a la batalla y moverse en ella. El estado físico de muchos reclutas era tan miserable, que ni servían como buenos soldados. Los militares no reclamaban justicia social, sino ejercicios de hombres sanos.

11 "What's more, some think that buccaneer capitalism, with all its lack of concern for job security and worker welfare, might be the best way to instill a jocular instinct in people just making the transition to capitalism... But different standards are called for in mature industrial societies like the United States... Here, free markets and social welfare must be balanced". *New York Times*: "Market Magic. But Just Who Is That Fairy Godmother?", 29.11.91, Section 4, S.1

9 Ver *New York Times*: "Market Magic. But Just Who Is That Fairy Godmother". 29.11.91, Section 4, S.1

Se trata del despido de todo humanismo universal anterior.

Esta guerra económica se realiza por medios de mercados. No es guerra de armamentos, ni siquiera primordialmente de la producción de armas. Además, un enfrentamiento militar entre estos poderes es difícil de pensar, porque EE.UU. ha resultado una única superpotencia militar con capacidad bélica muy superior a Japón o Europa occidental. Sin embargo, presupone esta dominación militar en el mundo, la mantiene y la usa en momentos determinados. La invasión de Panamá y la guerra de Irak han sido casos muy notables. EE.UU. afirmó militarmente piezas claves para la competencia económica en el mundo. Sobre todo la guerra de Irak le dio a EE.UU. el dominio potencial sobre la materia prima clave de nuestro tiempo: el petróleo. Como consecuencia de esta guerra, EE.UU. logró el dominio militar sobre la región del mundo más rica en yacimientos de petróleo. Como guerra directa era una guerra en contra de Irak. Indirectamente, era una guerra en contra de Europa occidental y Japón, que son países altamente dependientes del abastecimiento de petróleo del Medio Oriente.

Por eso, la guerra económica, que hoy está en curso, da a los valores universales del tipo que se usaron en la guerra fría, un valor marginal y exclusivamente demagógico. Pero tampoco es simplemente una competencia pacífica. Es una guerra económica, que en momentos dados recurre a la guerra militar, para asentar las condiciones, dentro de las cuales el enfrentamiento de mercados tiene lugar.

4. ¿Más allá de la modernidad?

La modernidad desemboca en un carrusel autodestructivo. La política neoliberal no hace otra cosa que impulsar la velocidad vertiginosa con la cual este carrusel se mueve. Se trata de un carrusel de la muerte.

Tiene dos motores, que le propician su velocidad. Por un lado, un crecimiento económico propiciado por la gran industria moderna, que, en el marco del cálculo fragmentario de un mercado total, lleva a la expulsión de grandes partes de la población, a la cual no le queda perspectiva de esperanza alguna. La expulsión y consiguiente exclusión de la población lleva a una expulsión, exclusión y destrucción de la naturaleza entera. El otro motor opera desde el polo de los excluidos. Dada su situación desesperada y provocada por

ella, desarrollan estrategias desesperadas de sobrevivencia, que de su lado impulsan en la misma dirección en la cual se adelanta el crecimiento económico. La estrategia fragmentaria de sobrevivencia procede desde su lado a amenazar a la misma naturaleza, que por el otro lado es destruida por las empresas en su afán de maximizar su crecimiento. El mismo crecimiento exagerado de la población mundial es hoy el resultado de estas estrategias desesperadas de sobrevivencia. Así, todo el conjunto social se subvierte y produce el presente estado de anomia generalizada. La droga y el crimen no son sino epifenómenos de este proceso de destrucción mutua. Sin embargo, las migraciones incontenibles desde el Tercer Mundo hacia el mundo desarrollado, promovidas por los excluidos de la tierra y que subvierten los sistemas sociales existentes allá, demuestran que siempre más vivimos en un solo mundo, cuya sobrevivencia será el problema de todos.

Eso parece ser la vorágine en la cual ha desembocado la modernidad. Engloba el mundo entero con el destino de subvertir en un tiempo hoy previsible las condiciones de sobrevivencia de la humanidad, tal como la conocemos. Las armas modernas son más bien instrumentos para hacer más corto el viaje, pero no son el origen de la amenaza. La sociedad moderna misma, aunque no use estas armas, está en este viaje al abismo. Se trata de una máquina institucional compuesta por seres humanos, que frente a cada uno de ellos tiene un carácter compulsivo. Al calcular cada uno su salvación, recurre a medios, que mantienen —no-intencionalmente— la máquina andando ¹². Aparece la racionalidad neoliberal delirante, que Kindleberger propaga con las palabras siguientes:

12 Bush en la cumbre de la Tierra en Río (Conferencia de la ONU sobre Ambiente y Desarrollo) hace su propio cálculo en nombre de EEUU:

"La protección ecológica y una economía en crecimiento son inseparables. Es contraproducente promover una a expensas de la otra... Durante los últimos 50 años, Estados Unidos han sido el gran motor del crecimiento económico mundial y va a permanecer de esta manera."

"Argumentando que una economía estadounidense fuerte es vital para el mundo y esencial para un medio sano, el Presidente planteó: 'Las naciones que luchan por cumplir con la mayor parte de las necesidades elementales de sus pueblos pueden gastar poco para proteger el ambiente'". *La Nación*, San José, Costa Rica, 12.6.1992.

En este mismo sentido usa el mito del progreso técnico: "Aunque exista calentamiento del aire, los países ricos encontrarán soluciones gracias a su tecnología." según: Mohamed Larbi Bouguerra: "Au service des peuples ou d'un impérialisme écologique". *Le Monde Diplomatique*. Mayo 129192. p.9

“Cuando todos se vuelven locos, lo racional es, volverse loco también”¹³

Hace falta una alternativa. La razón de la necesidad de una alternativa no es un simple deseo romántico ni una simple aplicación de alguna ética, derivada de un Sinaí. Resulta una necesidad en el momento en el cual nos decidimos asegurar la vida futura de nuestros propios hijos. Presupone el rechazo a volvernos locos también.

Pero la sociedad moderna —hoy toda sociedad moderna es burguesa— se lanza a destruir cualquier intento de buscar alternativas. Se quita la cabeza, para ponerse el casco mejor: el casco de las dictaduras de la Seguridad Nacional, que hoy penetran en los mismos centros del mundo desarrollado, subvirtiendo sus democracias. Se lanza a pique en el sagrado sepulcro de sus mercados totales. Todo lo transforma en una mascarada de su mística del suicidio colectivo de la humanidad.

Una alternativa no puede aparecer sino a partir de una afirmación de la vida frente a esta celebración de la muerte. Pero la afirmación de la vida no puede ser tampoco una simple declaración romántica y una reducción de todo al amor de las flores. Impone una reformulación de la civilización occidental, que implique su superación. Tiene que reconstituirla a partir de la vida de todos aquellos, que han sido excluidos de la vida por esta misma civilización. Como tal implica una postura moral: la víctima es inocente, el victimario tiene la culpa.

4.1. ¿Alternativas?

La economía neoliberal con su principalismo deductivo hace de la competitividad en los mercados su máximo y único criterio. A partir de él condena a la muerte y se desentiende de la suerte de los expulsados y marginados, pero igualmente de la naturaleza. Esta competitividad condiciona el proceso de crecimiento, y éste se transforma en su expresión. Tener crecimiento, comprueba la competitividad. Asegurado el comercio libre, nadie puede comprar o vender sino a condición de la competitividad.

Pero siempre menos la competitividad y el crecimiento correspondiente pueden asegurar la inclusión de todos en el proceso económico. No tienen un arrastre, que implique trabajo para todos

e ingresos mínimos asegurados para todos. Cuanto más aumenta la complejidad tecnológica, más son excluidas las economías atrasadas de la posibilidad de alcanzar este nivel. Y siempre más las condiciones del medio ambiente restringen la posibilidad de participación en la carrera de crecimiento.

De esta manera, la economía neoliberal subvierte la vida humana y de la naturaleza. Olvida, que un trabajo, que *no* produce en competitividad, sigue siendo un trabajo, y un producto producido en condiciones *no* competitivas sigue siendo un valor de uso. Trigo producido *no* competitivamente alimenta, y un abrigo *no*-competitivo calienta. Si no se puede producir en condiciones competitivas, hace falta, producir en condiciones *no*-competitivas. Si hay alternativa, debe ser buscada por allí.

Eso no es la vuelta al desarrollismo, porque éste a pesar de todo suponía un crecimiento económico capaz de arrastrar a toda la fuerza de trabajo para sustentar así su Estado de bienestar. Esta ilusión se perdió. Tanto por la imposibilidad de alcanzar el nivel tecnológico de los países industrializados de hoy, como por la razón de la limitación de los recursos naturales, ya no es posible soñar con este tipo de solución¹⁴.

No podemos indicar más que algunas líneas, en las cuales hay que pensar una posible salida. Hace falta:

1. relativizar el rol de la competitividad;
2. crear espacios de desarrollo, donde el empleo y la distribución adecuada de ingresos no se

¹⁴ Estas afirmaciones se encuentran muy afín con el último informe del Club de Roma, con el título: *La revolución global. (The First Global Revolution)* (1991). El informe insiste:

“Evidentemente, problemas globales no se pueden solucionar sólo por una economía del mercado, si éstos exigen un enfoque a largo plazo o si se trata de problemas de la distribución. Además, aquellos problemas, donde se trata de energía, medio ambiente, investigación básica o el trato equivalente (fairness) no pueden ser solucionados únicamente por el mercado. —Estos problemas solamente pueden ser enfrentados por la intervención del Estado, que se basa en procesos políticos y que usa muchas veces mecanismos de mercado como instrumentos de una planificación estatal”.

“Las fuerzas que operan en el mercado pueden tener efectos colaterales peligrosos, por el hecho, de que no se basan en el interés de todos.”

“...el concepto (de una economía sostenible a largo plazo) es utópico, pero vale la pena seguirle el paso. La sociedad sostenible jamás podría resultar de una economía mundial, que confía exclusivamente en las fuerzas del mercado, aunque estas sean importantes para mantener la vitalidad y la capacidad innovativa de la economía. Como ya mencionamos, las fuerzas del mercado sólo reaccionan a señales de corto plazo.”

Citado según la edición alemana, con traducción del autor. “Die globale Revolution”. Bericht des Club of Rome 1991. *Spiegel Spezial*. Hamburg, 1991

¹³ Kindleberger, Charles P.: *Manias, Panics and Crashes: A History of Financial Crises*. Basic Books, New York, 1989. p.134 La frase citada aparece en el centro de la película *Exterminador II*.

espera más de un efecto indirecto del crecimiento económico;

3. integrar el crecimiento económico con la naturaleza.

Espacios económicos capaces de solucionar esta tarea, imponen un nuevo tipo de integración económica, que ni la Comunidad Europea, ni la integración económica desarrollista y menos la actual integración por zonas de libre comercio han experimentado. Pero se trata de una tarea de sobrevivencia de la humanidad.

4.2. La utopía y el arte de lo posible

Hoy cualquier alternativa es imposible. Eso es así, porque hay poderes capaces para destruirlas y decididos a hacerlo. Por tanto, si orientamos un proyecto de liberación según estos criterios de poder, no se puede hacer nada. Efectivamente, no hay alternativa. Hay ejemplos claros. La Unidad Popular en Chile fue derrocada, el Frente Sandinista en Nicaragua cayó como resultado de una guerra sangrienta desatada por el imperio y por un bloqueo económico indiscriminado. Cuba trata todavía de seguir existiendo, pero desde más de 30 años vive un estado de sitio impuesto por el imperio, que nunca ha sido tan apremiante como hoy lo es.

Cualquier proyecto de liberación hoy se enfrenta a esta imposibilidad. Si la política como el arte de lo posible fuera la adaptación a este tipo de imposibilidades, la política excluiría la búsqueda y realización de alternativas. Sería un simple saber oportunista, como hoy en gran parte de América Latina efectivamente es. Pero política es realismo y realismo es, hacer posible lo imposible. Por eso es arte. Es dar cuenta de la posibilidades abiertas para hacer posible lo imposible y para realizarlo. Para que la política sea realista, no debe ser Realpolitik¹⁵, sino transformación de la realidad.

Eso ya muestra, que cualquier política está necesariamente enfrentada a la problemática de lo imposible. Como Realpolitik constata imposibilidades, para imponerlas o para adaptarse a ellas. Es Realpolitik del imperio dominante y de sus súbditos. Como realismo en política, transforma imposibilidades en posibilidades. En este sentido,

persigue un proyecto político, y su perspectiva es liberación. Pero también esta política choca con imposibilidades, que ninguna acción humana puede transformar en posibilidades. Se enfrenta por tanto a lo utópico.

Bajo el punto de vista del realismo en política, lo utópico describe aquellas metas, que no se podrían realizar ni con el acuerdo unánime de toda la humanidad. Se trata por tanto de un imposible más allá de la acción humana como tal, que ninguna política puede hacer posible, sea ella como sea. Se trata de metas, que trascienden la realidad humana como realidad quebrantada y contingente, como condición humana. Es parte de la sabiduría en política, discernir a tiempo aquellas metas de imposibilidad transcendental, porque ninguna teoría empírica las puede deducir. Se trata de metas coherentes y hasta deseables, que sin embargo se escapan a la acción de una manera tal, que el intento de realizarlas destruye las posibilidades de alcanzarlas. Son metas de la plenitud humana, que contienen todos los valores humanos en su estado puro y definitivo.

La imposibilidad, que la política transforma en algo posible, es otra. No es utópica, sino es algo, que todavía no hay, pero que puede haber. Si lo utópico se define por metas, que ni con el acuerdo unánime de todos pueden ser hechas posibles el proyecto político se refiere precisamente a aquellas metas, que pueden ser posibles, si todos o la mayoría llegan a acuerdo de hacerlas posibles. Su imposibilidad se debe a la interposición de un poder dominante, que no admite la realización de tales metas o proyectos y que usa todo el poder, para impedirlos. Esta posición del poder dominante, y el sometimiento a él, se llama Realpolitik.

La Realpolitik actúa en nombre de utopías y las usa, para bloquear cualquier alternativa que podría surgir frente al poder dominante. Visiblemente hoy el utopismo del pensamiento neoliberal es la referencia de legitimación de la Realpolitik del imperio. Cuando Reagan llama a EE.UU. "la ciudad, que brilla en la cima de la colina", le pone a este utopismo su brillo mítico-religioso del milenio logrado. Es la reivindicación del poder absoluto, que sostiene su legitimidad precisamente en forma utópica. Sin embargo, la relación con la utopía en este caso es necesariamente la de la "dialéctica maldita". Usos análogos de la utopía los encontramos en el Nazismo con su respectivo "Reich milenarismo" o "Tercer Reich" y también en el uso de la utopía del comunismo de parte de Stalin. Irremediablemente aparece la misma "dialéctica maldita". Realpolitik es utopismo. Por eso se enfrenta siempre a su respectivo "Reino del

15 Desde Bismarck se habla de Realpolitik, y especialmente Kissinger se fascinaba con ella. Es la imposición de parte del poder dominante —con sangre y fuego—, de los límites para cualquier política de alternativas de parte de los otros, para que se ajusten a las posibilidades que el poder deja abiertas.

Mal", presentándose a sí mismo como "societas perfecta". Como tal sociedad perfecta, por supuesto, sostiene, que ningún cambio es necesario, porque todo destino humano está desde ya incluido en la perpetuación de esta "societas perfecta". Es el "fin de la historia", y siempre se ha presentado como tal. Tantos finales de la historia ya nos han tocado, pero siempre viene uno nuevo. Ninguno lo es.

El realismo en política, sin embargo, es transformación de estas imposibilidades utopizadas en posibilidades. Es proyecto político y por tanto liberación de estas sociedades perfectas con sus utopismos respectivos. Por eso es realista, querer un mundo, en el cual todos pueden vivir. Los que destruyen este mundo son aquellos que se niegan a un proyecto que haga posible que todos puedan vivir. Son quienes pretenden hacer imposible este mundo, en el cual todos puedan vivir.

Ciertamente, también el realismo en política está expuesto constantemente al problema utópico. No se sabe a priori, cuales metas podrían resultar utópicas o no. No hay seguridad, que pueda sustituir la necesaria sabiduría. No hay criterios técnicos. Donde se pretende sustituir la sabiduría política imprescindible, allí aparece la Realpolitik con su utopismo y su pretensión de algún final de la historia.

Un realismo en política resulta precisamente al saber discernir metas utópicas de aquellas metas imposibles, que la política debe transformar en posibilidades. Ciertamente, aquí la utopía adquiere un significado diferente de lo que la Realpolitik le da. La Realpolitik la da por asegurada tanto para el presente como para el futuro. Habla mucho de la contingencia del mundo y del carácter pecador del ser humano, pero cree tener en su "societas perfecta" la palanca, que le permite a ella estar completamente por encima de esta misma contingencia. Ningún realismo político podría jamás sostener algo así. Para un realismo político la utopía se transforma en fuente de inspiración, en referencia del juicio, en reflexión del sentido. Es algo, que se hace presente mediante la acción política realista, sin pretender acercarse a su realización definitiva o calculadamente disponible. Es, como hoy se dice muchas veces usando una palabra de Kant, "idea regulativa" ¹⁶. Solamente así se puede asegurar,

que la utopía no vuelva a desembocar en alguna "dialéctica maldita", para ser fuente de vida y de esperanza.

16 Ver especialmente la ética del discurso de Apel y Habermas. Ver Apel, Karl-Otto: "Ist die Ethik der idealen Kommunikationsgemeinschaft eine Utopie? Zum Verhältnis von Ethik, Utopie und Utopiekritik". (¿Es la ética de la comunidad ideal de comunicación una utopía? Sobre la relación entre ética, utopía y crítica de la utopía). En: Voßkamp, Wilhelm (Hrsg):

Utopieforschung. Interdisziplinäre Studien zur neuzeitlichen Utopie. (Investigaciones sobre la utopía. Estudios interdisciplinarios sobre la utopía en el tiempo moderno). Suhrkamp. Frankfurt, 1985. 3Bd. Erster Band.